

Cerca de las nueve de la mañana, el cortejo, con los violinistas, los novios y los padrinos á la cabeza, ha dejado la granja y se viene á la iglesia, pasando por las largas avenidas del castillo. La futura debe detenerse allí algunos instantes para que la señora castellana con sus doncellas asegure bien la corona de la casada sobre su cabeza. La pobre madre en su emocion puede habérsela ligado mal, y si llega á caer, ¡presagio de desdicha! Cada uno quiere pues clavar un alfiler para fijarla bien. . . . Las amigas, las compañeras de infancia y de trabajo de la casada, se han reunido en la sala de la noble morada, *para clavar el alfiler*, para llevar la dicha á su amiga y á ellas mismas; porque *ayudar al tocador de una casada, es ponerse á sí misma sobre el camino de sus propias nupcias*, segun lo enseña una antigua tradicion del país.

Despues de este paso por el castillo, el cortejo se pone en marcha, á pesar de la alegría de todos los que lo componen y que lo alejan de su número, su continente es digno y casi recojido: se ve que es hácia la casa de Dios donde el mundo rústico avanza. Ha cesado toda cancion, todo estribillo profano; *los hijos de la gaya ciencia*, los sucesores de los *minstrels* juegan sobre sus *bigurus* y sus *veres* de viejos aires, que los ecos de Bretaña repetian ya en los tiempos de la *bucna duquesa Anna*.

Bien pronto el ruido de las campanas cubre y absorbe todo otro ruido: los futuros y los abuelos están ya bajo el antiguo pórtico de los catacúmenos, detenidos en frente de este osario, donde es religiosamente llevada y guardada la superabundancia de los huesos del cementerio.

Entre las barras de hierro cruzadas de este relicario de la parroquia, los cráneos de las generaciones pasadas tienen el aire de contemplar las generaciones que vienen. . . . Entre todas esas cabezas blancas y desnudas, hay muchas que en su tiempo han estado adornadas de la corona nupcial.

Los cirios están encendidos y brillan sobre el altar, el incienso humea, el anciano cura espera, como un padre espera á sus hijos. Dos reclinatorios de madera, sin velos de terciopelo galoneado de oro, y sin muelles cojines; los bancos y los asientos de paja; hé aquí lo que está colocado con orden, todo cerca de la balaustrada del santuario. Allí es donde los esposos y los gefes de las dos familias van á venir á arrodillarse y orar. Los jóvenes y las muchachas del festin se colocan á derecha é izquierda, con el traje encintado, y el grueso ramillete en el ojal de su mas bello vestido. Son los que están encargados de hacer lugar á todos los convidados, segun su parentesco y su edad.

En Bretaña una boda se parece todavía á aquellas de que se ha hablado en el Evangelio; allí no se invita solamente á los dichosos: los pobres,

los enfermos, los abandonados, cuyos dias son malos y llenos de amargura, tambien son convidados, y grandes desgracias amenazarían á aquel ó aquellos que se desdeñaran de mirarlos. ¡Tanto prueban las divinas leyendas, que nuestro Señor ha ocultado frecuentemente su gloria bajo los harapos, y velado su belleza divina bajo las facciones de un mendicante, para probar la caridad de las familias!

La liturgia del matrimonio es la misma para el alto y poderoso Señor, y para el humilde y honrado colono. Siempre es el mismo Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, quien se invoca en nombre del mismo Redentor; siempre las mismas gracias, las que son pedidas y que emanan del sacramento sobre el hombre y sobre la muger, á quien el sacerdote va á unir.

Cuando las grandes familias forman alianza, el dignatario de la Iglesia, arzobispo, obispo ó cura que bendice su union en un altar todo resplandeciente de oro, rara vez falta á elevarse tan alto como es posible en lo pasado, para buscar allí recuerdos históricos, buenos, que traer como ejemplos de fé y de honor á la pareja cristiana.

En el matrimonio del hijo del arado, el buen pastor de la aldea dirige tambien algunas palabras á los jóvenes parroquianos, á quienes conoce desde su entrada en el mundo. Sin hojear los libros de la historia, sabe que son de buena y honrada e tirpe, y para marchar bien en el camino de los justos, no quieren sino seguir las huellas de sus antepasados; porque vedlo, hay bajo la cabaña una verdadera, una santa nobleza, que vale tanto como cualquiera de las otras, y que se trasmite de generacion á generacion. Para conservarla, no tiene pergaminos ni archivos, y sin embargo dura á pesar de los siglos, en la parroquia. Cuando los descendientes de estas familias patriarcales se unen entré ellos, hay para todos seguridad de dicha; y el sacerdote del Dios de verdad que los casa, viene en su ayuda para tributar alabanzas á sus padres.

Es con facilidad y conviccion en su corazon, que habla él á esta descendencia, que continúa la de los patriarcas, y que así como los justos de los tiempos primitivos, se levanta con el día y glorifica al Señor á los primeros rayos del sol.

La vida del campesino está llena de poesia, y el sacerdote, niño de la alqueria, cuando despues de buenos estudios, sale del seminario, nutrido de la lectura de la Biblia y del Evangelio, puede fácilmente conmover las poblaciones á las cuales se dirige.

La palabra de Dios es admirable siempre; pero en la campiña tiene mas ecos que en las ciudades.

Se ha dado á Dios lo que es de Dios; se ha rogado bien por la dicha

de los casados. Los nombres de todos aquellos que saben escribir han sido inscritos sobre el registro de la sacristía; los coristas, el campanero, no han sido olvidados. El cura ha prometido que vendría á decir el *Benedicite* en la comida nupcial. . . . Todo el mundo tiene, pues, sin la mas pequeña nube segura su alegría.

Los tocadores de los instrumentos han salido los primeros fuera del pórtico, pero no han comenzado á hacer oír sus baladas, hasta que no han salido del dintel del cementerio. . . . Despues de ellos vienen los jóvenes y las doncellas, maestros de ceremonias, despues los casados, con la doble brillantez de su compostura y su contento; despues, de dos en dos, los parientes, los amigos y los numerosos convidados. La gravedad que este largo y numeroso cortejo habia guardado viniendo á la Iglesia, no se observa ya; es hácia el festin adonde se dirige ahora, porque el meridiano del señor cura señalaba casi las once cuando se ha pasado por delante de su jardin. Al presente, los jóvenes que han tomado los fusiles célebres de sus padres, mezclan la salva de fusilería á los gritos de alegría de los niños, que deben tambien tener su parte de placer en esta bella y feliz jornada.

Desde la víspera en la tarde se ha llevado al *cortijo* ó á la cabaña que deben habitar los nuevos esposos, los utensilios del menaje de casa. La sabiduría, hija de la esperiencia, ha enseñado á las gentes de los campos que vale mas dar lo *útil que lo fútil* á aquellos que quieren tener su vida tranquila. Hasta este momento solemne del matrimonio, el pan cotidiano, les habia venido de Dios y de sus padres; desde hoy en adelante va á ser de Dios siempre, y de ellos mismos. Los presentes de bodas, la mesa, los cofres, los armarios de madera de encina con largas cerraduras de hierro, bien pulido y luciente; la ropa blanca, manteles y sábanas hiladas y tejidos en la aldea; las arracadas de metal, la sartén, el trebede y las llaves de cocina; la vasija, las tazas, los platos, los potes y loza, de bordados rojos y azules, los gruesos ramilletes rojos, han sido ofrecidos por los tíos y tias, parientes y amigos. El lecho y las ruecas, el pabellon de la cama, las cortinas de seda verde, es la madre de la casada quien los ha hecho hacer y quien los ha dado. El arado y la primera yunta de bueyes, son del cargo del padre del nuevo esposo.

Las mesas aderezadas en la pradera, y abrigadas del sol por los antiguos olmos, esperan los convidados. . . . El cura acaba de aparecer; va á bendecir la comida de bodas. Todos se apresuran, y son colocados con órden y cortesía. En el momento en que el hombre de Dios levanta la mano para hacer la señal de la Cruz y bendecir la mesa, un repentino y religioso silencio se estiende entre los doscientos convidados. . . . y

el murmullo de tantas voces, no vuelve á comenzar sino luego que el *Benedicite* ha terminado. Así como lo hemos dicho, los pobres lo mismo que los ricos están en sus lugares, y los dos esposos con sus brillantes adornos, se muestran acojidos y felicitados por todos.

La abundancia de las artesas quita el hambre, y el vino ó la cidra hirviendo, redoblan la alegría, que jamas deja de hacer nacer un dia de sponsales.

Los jóvenes y las damas de corte, adornadas del traje de la boda, compuesto de cintas flotantes color de rosa y blancas, colores de inocencia y amor, se levantan de la mesa para ir á buscar el coro de cantoras, porque ha llegado el momento de la *cancion de la casada*, momento que siempre tiene alguna cosa de solemne, porque las palabras que las jóvenes doncellas van á dirigir á aquella que sale de su rango para elevarse al de esposa, no van á hacer oír mas que buenos y sabios consejos y útiles preceptos para su nuevo estado.

El aire sobre el cual se cantan estas palabras cristianamente antiguas, está lleno de dulzura y de melancolía.

Es raro que la joven desposada no deje escapar debajo de sus párpados modestamente bajados, púdicas lágrimas, durante el canto, compuesto de un gran número de coplas, como todo lo que se canta en la aldea. La moral mas pura reina de un cabo á otro: se dice á la casada que el tiempo de los placeres ha acabado, y que comienza el de los deberes. Las jóvenes le cantan:

¿Habeis ya comprendido,
Lo que el ministro os dice?
La verdad os predice:
Cual siempre debeis ser.
Sumisa á vuestro esposo,
Como á vos lo amaréis;
Ligados estaréis
Por un lazo precioso,
Y ya, joven y bella señora desposada,
Solo la muerte puede dejaros de él librada.

Para cerrar esta moral, se añade, ofreciéndole un enorme ramillete. . . .
Símbolo aqieste sea
De haceros comprender,
Que los vanos honores
Pasan como las flores.

Despues de las canciones y los fuegos, que desde hace muchos siglos acompañan todos los sponsales de la Bretaña y de la Vendée, que ha-

cen la alegría de estas buenas y piadosas poblaciones, un viejo, el decano de la boda, sube sobre un banco, y hace señal de silencio al placer, de reposo á las danzas, y con toda la fuerza de su voz anuncia que la mañana siguiente, á las siete de la mañana, el señor cura celebrará una misa de *Requiem por los difuntos de las dos familias que acaban de ligarse sobre la tierra, y que es preciso reunir en el paraíso, rogando por sus almas.*

A esta piadosa y tierna cita, nadie faltará mañana.

Yo me he dejado arrastrar del placer de publicar las costumbres de un país que ha permanecido puro y fuerte, porque él, en medio de todos los cambios y de todas las apostasías, ha permanecido firme en su fé y en su sumision á Dios. He encontrado placer en oponer un matrimonio verdaderamente cristiano, á esos matrimonios, como se ven tantos, en las comarcas sobre las que radia el sol del filosofismo. En estos países donde las creencias católicas no reinan ya, donde las iglesias, pobres y mal conservadas, están casi siempre vacías y desoladas, se oye bien todavía de tiempo en tiempo la campana de la parroquia anunciar un matrimonio; pero, ¡ay! ¡qué aspecto ofrece el cortejo nupcial atravesando la aldea, para llegar á la casa de Dios! En vano buscaréis allí una mirada modesta y la sombra de un pensamiento religioso; todo es atrevido, estrepitoso, descarado. La casada misma, á pesar de su velo, su ropa blanca y su larga cintura, no ha podido tomar ni el continente, ni la marcha que reclama una circunstancia tan grave. ¡Va como si fuese á un baile público! Si se ha vivido solamente en los campos durante algunos meses, se admira uno de encontrar allí tan poca decencia. Las doctrinas de Voltaire y de Beranger, han relajado de tal modo las costumbres de estas poblaciones, que el matrimonio no es mirado en ellas mas que como una reparacion, frecuentemente muy tardía. Así el pueblo, que en la calle riega coronas virginales y ramilletes de azahar, y el sacerdote en el santuario, se contristan de ver así profanar la santidad del séptimo de nuestros sacramentos.

Me acuerdo que en la parroquia de Loroux, uno de los puntos mas celebrados de la Vendée, se cometió una falta. El padre de la jóven culpable, antiguo capitán de parroquia en el ejército de Charette, verdadero brazo de hierro en cuanto á honor y lealtad, estuvo á pique de morir cuando su muger le hubo revelado que la vergüenza habia entrado en su casa. Yo vivia entonces á una legua corta de la alquería del viejo vandeano; habiendo sabido que estaba enfermo, iba á verlo con la persona con quien estaba entonces; cuando entramos en la cámara baja del cortijo, vimos al vandeano sentado sobre un banco. Aperciéndonos en el umbral, se cubrió la vista con sus dos manos, y los codos apoyados sobre la mesa,

no vino á presentarse ante nosotros como lo tenia de costumbre; detenidos un instante cerca de la puerta, oimos los sollozos que se esforzaba en sofocar; y cuando ya estuvimos mas cerca, pudimos ver las gruesas lágrimas que se escapaban entre sus dedos y rodaban por sus mejillas.

Mi amigo y yo nos sentamos á su lado; entonces él nos tendió su mano. ¡Oh! ¡Si yo vivo cien años, no olvidaré jamas la impresion dolorosa de aquel rostro enfermo!..... Para decirnos el penoso secreto que oprimia su pecho á punto de hacer temer por sus dias, se levantó y nos llevó en frente del crucifijo que pendia en la pared al lado de su lecho.

Cuando estuvo allí, fijó por algunos instantes sus miradas sobre la imagen del Dios de los dolores, del Dios que lo ha sufrido todo, y todo lo ha perdonado. Despues, como si hubiese buscado en las llagas del Salvador la resignacion, haciéndonos sentar, nos contó por quién habia venido el deshonor á su familia. Estas confesiones no nos las podia hacer sin violentos esfuerzos, sin que su sangre hirviese, y sin que dejase percibir una cólera reconcentrada. Muchas veces le habia visto contraerse sus facciones y crispase nerviosamente sus manos.

“Sed misericordioso, le dije yo, como el divino supliciado que tenemos ante nosotros: no seais inflexible; los dos culpables son bien jóvenes.... —Ellos no tendrán tiempo de envejecer antes de la reparacion, respondió el paisano;” en la semana que viene, el jóven vendrá de casa de su madre, que se avergüenza de él, como nosotros tenemos vergüenza de ella.... Nosotros le hemos dado cita á él y á sus dos testigos para el lunes próximo, en la iglesia, antes que amanezca.... En cuanto á ella, su madre y yo, y dos parientes, la conduciremos.... —¡Ah! ¿quién habria podido creer jamas, señor, que yo habria casado mi hija sin que mi pobre muger y yo os rogásemos conducirla al altar....!”

A estas palabras, el viejo soldado se arrasó en lágrimas.

Continuó bien pronto: ¡Ah.... pero semejante matrimonio es preciso que solo Dios lo vea.... El lunes no estaremos mas que ocho en la iglesia.... es ya bastante número de testigos!

Como lo habia dicho el antiguo gefe de parroquia, en el dia fijado, antes de salir el sol, el jóven de la granja y la jóven del arrendatario estaban arrodillados en la iglesia de Loroux; pero se les habia señalado su lugar en el santuario mas lejos que de costumbre: dos cirios amarillos solamente estaban encendidos sobre el altar.

En cuanto á los dos jóvenes casados, sus trajes de nupcias eran los que se ponian cada dia para trabajar en los campos: los dos habian venido á la iglesia con zuecos, ¡y recibieron así del sacerdote la bendicion nupcial!

Cuando estuvieron de vuelta de esta severa misa de esponsales, se les

servió la sopa en la alquería, ni mas ni menos que todos los días; despues se fueron cada uno por su lado á su trabajo de costumbre.

Cuando la madre de la niña casada los vió irse así, le dijo á su marido: “Pobres hijos, son bien obedientes.”

—Sí, respondió el anciano; pero es preciso no debilitarse....” Y como sentia que las lágrimas le salian del corazon y que iba á llorar..... salió.... y sin agregar una palabra mas, fué á sentarse al pié de la cruz de piedra que estaba cerca de la casa, y que se nombraba desde mas de cien años antes LA CRUZ DEL PERDON. Allí derramó toda la amargura de su alma, rogando por Magdalena.

Este recuerdo de la patria termina mi obra; porque mientras mas se envejece, mas se siente el pasado ocupar nuestro pensamiento: usurpa el presente y lo mismo el porvenir.... que debe sobre todo ocuparnos.

Llegando á esta última página de mi libro, que mis lectores puede ser que hayan encontrado demasiado largo, debo dar gracias á Dios de haberme concedido la salud y la paz que en mis primeras páginas le habia impetrado para poder acabarlo; y al presente en que está escrita mi última línea.... tengo aún que solicitar otra gracia del Soberano Autor de todas las cosas, y es, que se digne bendecir mi libro para que pueda hacer algun bien.



INDICE.

	Págs.
<i>Prólogo del autor</i>	I.
<i>De los sacramentos en general</i>	1
<i>El Bautismo</i>	16
<i>La Confirmacion</i>	70
<i>La Eucaristía</i>	110
<i>La Misa</i>	149
<i>La Penitencia</i>	191
<i>La Extrema-Uncion</i>	250
<i>El Orden</i>	290
<i>El Matrimonio</i>	349

